

**El día que
el cielo se cayó**

Andrés Acosta



Kali

Isabel Álvarez de la Peza



Elecciones

Jorge Mo



El barandal

Rebeca Orozco





CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejera presidenta: *Beatriz Claudia Zavala Pérez*
Consejeros electorales: *Gustavo Anzaldo Hernández*
Fernando José Díaz Naranjo
Ángel Rafael Díaz Ortiz
Carla A. Humphrey Jordan
Yolanda C. León Manríquez
Néstor Vargas Solano
Secretario ejecutivo: *Bernardo Valle Monroy*

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Propietario: <i>Juan Dueñas Morales</i> Suplente: <i>Elsy Lilian Romero Contreras</i>
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Propietario: <i>Marco Antonio Michel Díaz</i> Suplente: <i>Enrique Álvarez Raya</i>
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Propietario: <i>Miguel Ángel Vásquez Reyes</i> Suplente: <i>José Antonio Alemán García</i>
PARTIDO DEL TRABAJO	Propietario: <i>Ernesto Villarreal Cantú</i> Suplente: <i>Óscar Francisco Coronado Pastrana</i>
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO	Propietaria: <i>Zuly Feria Valencia</i> Suplente: <i>Samuel Rodríguez Torres</i>
CONVERGENCIA	Propietario: <i>Óscar Octavio Moguel Ballado</i> Suplente: <i>Hugo Mauricio Calderón Arriaga</i>
NUEVA ALIANZA	Propietaria: <i>Herandeny Sánchez Saucedo</i> Suplente: <i>Jorge Hernández Morales</i>

DIPUTADOS INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS CON REPRESENTACIÓN EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL DISTRITO FEDERAL

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Propietario: <i>Mauricio Tabe Echartea</i> Suplente: <i>Fernando Rodríguez Doval</i>
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Propietario: <i>Emiliano Aguilar Esquivel</i> Suplente: <i>Alicia Virginia Téllez Sánchez</i>
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Propietario: <i>Armando Jiménez Hernández</i> Suplente: <i>Víctor Hugo Romo Guerra</i>
PARTIDO DEL TRABAJO	Propietario: <i>José Alberto Benavides Castañeda</i> Suplente: <i>Juan Pablo Pérez Mejía</i>
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO	Propietario: <i>Raúl Antonio Nava Vega</i> Suplente: <i>Norberto Ascencio Solís Cruz</i>

**El día que
el cielo se cayó**

Andrés Acosta

9



Kali

Isabel Álvarez de la Peza

33



Elecciones

Jorge Mo

49



El barandal

Rebeca Orozco

75

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

PRESIDENTA

Consejera electoral *Carla A. Humphrey Jordan*

INTEGRANTES

Consejero electoral *Fernando José Díaz Naranjo*

Consejero electoral *Ángel Rafael Díaz Ortiz*

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Laura Rebeca Martínez Moya, directora ejecutiva

Corrección de estilo: *Susana Garaiz*, analista correctora de estilo

Formación e ilustración: *Kythzia Cañas*, analista diseñadora

Autores: *Andrés Acosta*, *Isabel Álvarez de la Peza*, *Jorge Mo*, *Rebeca Orozco*

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

1ra. edición electrónica, septiembre de 2010

ISBN: 968-5505-49-7 (colección)

ISBN: 978-607-7582-91-5

Hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

PRESENTACIÓN

Una vez más el Instituto Electoral del Distrito Federal (IEDF) se dirige a los jóvenes que en pocos meses o años serán ciudadanos de pleno derecho, con la convicción de que sus capacidades en desarrollo, su creatividad, su impulso, sus reflexiones particulares, no pueden sino enriquecer la vida pública y, eventualmente, el ámbito político de esta entidad –independientemente del papel específico que decidan desempeñar–. Los jóvenes tienen sus propias demandas y sus propias propuestas de solución; tienen también las dudas y los cuestionamientos críticos (a veces muy críticos) que caracterizan a quienes miran de cerca por primera vez la importancia y el alcance de los fenómenos sociales, más allá de los círculos

cerrados de la familia, la escuela y el barrio. En esta etapa de la vida lo público y lo privado comienzan a mostrar su interrelación y su influencia recíproca, y cada persona va adoptando, en las dos esferas, posiciones cada vez más propias.

En efecto, los autores que en esta ocasión comparten con los jóvenes sus pensamientos en forma de ficción exponen ese proceso de toma de conciencia, ese paso de la irresponsabilidad de la infancia a la participación que cada adulto tiene en su comunidad, lo entienda o no, de manera constructiva o no. Andrés Acosta coloca a sus personajes frente a la necesidad de superar los prejuicios para desarrollar redes de solidaridad y cooperación. Isabel Álvarez de la Peza repasa los principios fundamentales de la democracia como modo de gobierno, en una hipotética circunstancia que resalta el hecho de que permite una mejor convivencia social. Jorge Mo lleva al lector a descubrir, precisamente, el momento en que cada decisión que se toma repercute inevitablemente en lo que ocurre alrededor, con todas sus posibilidades. Rebeca Orozco muestra con claridad el puente que comunica lo personal con lo

colectivo, que también puede llevar de la pasividad a la participación. En otras palabras, los autores conversan con este importante sector de la población en circunstancias significativas y con un lenguaje que incluye a todos para plantear que, particularmente en la democracia, todas las instituciones sociales funcionan mejor cuando los ciudadanos participan (de acuerdo con ciertos valores y principios).

El IEDF presenta en versión electrónica el décimo volumen de la Colección de cuentos *Abriendo Brecha* con la esperanza de que a través de este medio se alcance mejor (y más) a las nuevas generaciones.

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

El día que el cielo se cayó

Andrés Acosta

Andrés Acosta nació en el estado de Guerrero en 1964. Ha escrito guiones para televisión y publicado 14 obras de narrativa para público infantil, juvenil y adulto. Entre ellas, destacan las novelas juveniles *El complejo de Faetón* (Ediciones SM, 2006, seleccionada por la Secretaría de Educación Pública para el programa Bibliotecas de Aula 2008-2009) y *OLFATO* (Ediciones SM, 2009, Premio Gran Angular de Literatura), y los libros de cuento infantil *Lavadora de culpas* (Conaculta, 2006, Premio de la Feria Internacional de Literatura Infantil y Juvenil) y *Agua en polvo* (Norma, 2010). Su obra de teatro para títeres, *¡No pronuncies ese nombre!*, obtuvo el tercer lugar en el Primer Concurso de Obras sobre Alebrijes, y se estrenó en 2010, con una temporada de 50 representaciones.

El rayo ha perfumado
ferozmente nuestra casa.
Blanca Varela

Lo que yo vi

Nada apuntaba a que ese día iba a cambiar nuestra vida de una manera tan inesperada. No hubo ningún tipo de señal, como luego dicen que pasa. Con decirles que ni nubes había en el cielo. Desayunamos huevos con chilaquiles, que a mi mamá siempre le quedan de rechupete, pero no pude limpiar el plato a conciencia porque se hacía tarde para ir a la escuela, y como había examen de mate, pues ya ni alegar. La última entrega de la boleta de calificaciones había sido traumática, así que no rezongué cuando tuve que irme a lavar los dientes para perder tan rápido el sabor de los chilaquiles y pasarme una mano de gel por el cabello y aplacar tremendos gallotes.

Pasamos frente a la casa de don Vicente y mi papá y él se gruñeron uno al otro. Desde que encontramos a su perro, el *Chiquis* (que en realidad es casi un caballo), dejando un tremendo regalo en medio de nuestro patio, no se hablaban. Y no sólo eso, yo tenía prohibido jugar con Lalo, su hijo, y mi mamá platicar con doña Chela. Era algo muy feo porque nomás veía a Lalo jugando a solas por las tardes mientras yo también me aburría, en vez de pasárnosla bien juntos.

Luego vimos al barrendero de la calle, otra vez sentado en nuestro coche, fumándose un cigarro antes de empezar a trabajar. Mi papá nomás se puso rojo y el señor se levantó con toda la flojera del mundo, tiró su cigarro al suelo y lo pisoteó frente a nuestras narices.

Me subí al coche todavía zombi. Por el camino venía repite y repite las tablas. Mi papá puso música porque yo lo volvía loco con mi sonsonete.

—¿No puedes repasar en voz baja, Rubén?

—Es que así no me oigo y es como si no repasara.

—¡Vaya!

Mi papá abrió la portezuela del coche para que me bajara rápido, ya iba a llegar tarde a su oficina. La verdad es que no me fue nada bien en el exa-

men, se me rompió la punta del lápiz y me regañó la maestra por hablar para pedir un sacapuntas. Al final el Gordo Peláez me dejó copiar lo suficiente para pasar de panzazo. O sea, un día nada fuera de lo normal.

Saliendo de la escuela, compré una paleta de vainilla, a pesar de que mi mamá me lo tenía prohibido porque según ella se me quitaba el hambre. Pasé frente a la casa de Lalo y lo vi en la ventana. No más nos quedamos mirando, como diciendo: “pues ni modo, si nuestros papás no quieren que juguemos juntos, qué se le va a hacer”.

Mi mamá no estaba. Había dejado un recado avisando que iba al súper y que la comida estaba en la cocina, nada más para que destapara la olla y me sirviera la sopa y luego el bistec con papas. Aventé mi mochila y me fui a ver la tele. Estaba haciendo exactamente lo que mi mamá no me dejaba hacer, pero como ella no estaba, ni quién dijera nada.

Me quedé viendo tanto tiempo la tele que ni siquiera me acordé de comer. Empezó a llover y el sonido de las gotas golpeando las ventanas me arrulló. Acabé por dormirme. No sé cuánto tiempo pasaría. Me dio frío y traté de envolverme en el

sarape que cubría el sillón. La tele había dejado de funcionar y yo ni me di cuenta. Me hice taquito y la sorpresa fue que la orilla del sarape estaba tan mojada que escurría.

“¿Pues qué pasó? –pensé– se me ha de haber caído el refresco.” Pero ni siquiera había destapado uno. Además, ahora se escuchaba como si apedrearán las ventanas. Todavía con los ojos medio cerrados me levanté a ver qué sucedía y, sin querer, metí los pies en una agua helada.

La casa estaba a oscuras e inundada. Había llovido durante quién sabe cuánto tiempo. Mis zapatos no estaban a la vista y ya varias cosas flotaban a mi alrededor. Me subí en el sillón y era como mi pequeña isla. Ni idea de qué hacer. Lo único que podía pensar era que mi mamá me iba a regañar porque no había comido por estar viendo la tele y quedarme dormido.

Pasó un rato más y de pronto escuché a lo lejos que mi mamá gritaba:

—¡Si se vino el cielo abajo! –y yo imaginé una bola de ángeles que se desbarrancaban sobre nuestro techo; ángeles que caían con todo y piedras y plantas y árboles desde el lugar donde habitaban.

Pero no la podía ver a ella porque estaba afuera. Se escuchó que rompían una de las ventanas y ya escuché mejor la voz de mi mamá:

—¿Estás ahí, Rubén?

—Sí, mamá, aquí estoy.

—¡La puerta está atorada, como que se hinchó la madera y no puedo entrar! ¿No ha venido tu papá?

—No, aquí no está.

—Los teléfonos no sirven y no sé dónde anda.

—¡Sácame de aquí!

—Ay, la calle está inundada y estoy hecha una sopa. Voy a buscar ayuda. Mientras súbete al piso de arriba.

—¡Sí, mamá!

Resignado a andar descalzo entre el agua fría, me bajé del sillón y, con el nivel de inundación hasta las pantorrillas, caminé hacia las escaleras. Había una catarata que apenas me dejaba subir agarrándome del pasamanos. Arriba estaba mejor la cosa, pero una corriente de agua entraba por una ventana rota, alimentada por el agua que resbalaba de la azotea, que se había convertido en una pequeña alberca. Todavía pensé, a pesar de ser una tontería, que no era mala idea esa de tener una alberca en la azotea, junto al cuarto de lavado.

Lo que mi mamá vio

Mi mamá estaba en el supermercado cuando empezó a llover. Al principio no le prestó atención, a pesar de que no llevaba paraguas. El día había amanecido tan soleado que a nadie se le hubiera ocurrido salir con paraguas. Seguro se iba a quitar rápido la lluvia. Mientras tanto, se puso a ver las vajillas. Había unas rete bonitas.

Así estuvo como una hora. De pronto cayó una gota de agua en un plato hondo, blanco. Se quedó mirando el agua en el plato y cayó otra, y otra. Cuando volteó para ver qué sucedía, las goteras en la tienda ya estaban encharcando los pasillos. Fue cuando se empezó a preocupar. ¿Y si la lluvia no paraba? ¿Y si se había desatado el nuevo diluvio universal?

Bueno, pues no había de otra. Mi mamá, como siempre, muy decidida, fue a la sección de jardinería y escogió unas botas altísimas, casi hasta la cintura. Luego se hizo de un impermeable y una sombrilla. Fue muy lista porque, cuando apenas estaba en la caja pagando, la gente ya se arrebatava las botas y los paraguas. Hasta hubo una especie de motín. Se fue la luz

y las cubetas ya no eran suficientes para tanta agua.

Mi mamá se persignó y salió del súper dispuesta a tomar un taxi, pero ya se había hecho un relajo con los desesperados que se abalanzaban en bola sobre el primero que veían. Aunque poco les duró el gusto a los que se pudieron trepar a uno, porque con tanta agua los coches dejaban de andar, se les metía el agua por abajo. La gente salía casi nadando. Sólo los camiones y los peseros podían seguir avanzando, pero iban tan repletos que ya ni abrían las puertas para hacer paradas.

Pero no había llegado lo peor. Empezaron a caer unos granizos que parecían piedras y mi mamá tuvo que regresarse a la entrada del súper a refugiarse, como muchas otras personas. La gente estaba desesperada, ¿hasta dónde iba a llegar el nivel del agua?

Mi mamá usó el celular para hablar con mi papá, pero nada que entraba la llamada. Habló a la casa: nada. Las líneas estaban muertas. Cuando más se necesitan los teléfonos siempre fallan, pensó. También en ese momento se dio cuenta de que si quería llegar a casa, lo primero era sacrificar las compras. Con las bolsas en las manos apenas si se

podía mover, además los huevos ya se habían roto y la fruta era casi jugo, y todo se había mezclado con el papel de baño.

Tiró las bolsas en un bote de basura y ni siquiera pudo separar la orgánica porque era imposible. Aunque a nadie le importe separar la basura, a ella sí; empezando por tirar la basura en los botes, porque por culpa de los que la dejan en las esquinas era que las coladeras se habían tapado tan rápido esa tarde y ahora la calle estaba inundada.

Dice que no pensó en nada y bajó las escaleras hacia la calle y todos se le quedaron viendo. Alguien le gritó que estaba loca. El agua le llegaba a las rodillas y aun así se animó a empezar a caminar, casi nadar. Sin las botas no hubiera avanzado mucho, por el hielo. Resultó que las botas eran de caucho y aislaban el frío del agua, que estaba helada.

Bueno, dice que sí pensó en algo cuando se lanzó tan valiente a la calle: en mí, en mi papá y en cómo estaría la casa. Y ahí iba mi mamá, caminando en el agua, abrazándose a los árboles y a los postes. Aunque ya llovía mucho menos que antes, el daño estaba hecho. Los estacionamientos subterráneos estaban inundados, los coches ya ni se veían. Las calles se le hacían largas, largas.

En algunas partes el agua estaba más baja, mientras que en otras ya empezaba a llegarle a la cintura. De pronto sintió que no la hacía, las piernas se le acalambraron y se fue de boca; el agua le llegó al pecho y por primera vez tuvo miedo. ¿Qué iba a hacer si no se podía levantar? ¿Se iba a ahogar? Pidió auxilio por pura reacción, aunque no veía a nadie cerca.

En eso, una mano muy fuerte la jaló del brazo y la ayudó a levantarse. Se había resbalado en una de esas rampas que hay en la entrada de algunos edificios para que entren los coches. Dice que hasta se echó un traguito de agua sucia y empezó a escupir y a toser. Vio el uniforme anaranjado del barrendero y se alegró. El señor estaba juntando la basura que tapaba las coladeras para ayudar a que el agua se fuera más rápido. Andaba por la esquina cuando la reconoció y vio como si se fuera a echar a nadar, pero luego se dio cuenta de que se había caído, y rápido fue a ayudarla.

—Oiga, mil gracias por rescatarme, yo pensé que ya me iba a hogar. ¿Se imagina?, andarse ahogando a media calle. En esta ciudad todo puede pasar. ¿No sabe nada de mi hijo? —le preguntó mi mamá.

—Sí, seño, cómo no, lo vi llegar a su casa antes de que el cielo se pusiera todo negro y empezara el aguacero. O sea que no creo que le haiga pasado nada malo.

—Necesito llegar a la casa para ver cómo está. Los teléfonos no sirven.

—¡Ah! —el barrendero se rascó la cabeza—, pues yo la ayudo.

—¿Y usted cree que podemos llegar?

—¡Uy, me canso! Todos los días me fletó como cinco kilómetros empujando este méndigo carrito atascado de basura.

—Es que yo ya estoy acalambrada.

—No, pues súbase, seño —y le señaló su carrito de la basura, o sea un tambo con ruedas.

A mi mamá le dio risa, pensó que era una broma del barrendero, pero no, lo decía muy en serio. Le pareció una locura eso de treparse en el tambo, que además ya iba como a la mitad de lleno por la basura que había recogido el señor, pero dejó de reír cuando se dio cuenta de que no tenía una mejor oportunidad para llegar a la casa. Sólo esa, y la tomaba ahora o el señor se iba.

A mi mamá como que le dio pena, pero se la tuvo que aguantar, con tal de jugarse su oportu-

nidad. Así que el señor primero inclinó el tambo para sacarle el agua y luego la ayudó a trepar y a meterse. Ya adentro, se dio cuenta de que no era mala idea; se sintió como romana echando carretitas en su pequeña carroza. El barrendero sí que le echaba fibra para empujarla.

Dice mi mamá que ahí se arrepintió de comer tantos tacos. El señor sudaba y sudaba. Todavía se tardaron como una hora para llegar a la casa. El señor ayudó a mi mamá a bajar y, como pudo, avanzó hasta la puerta, pero no se abría porque la madera estaba demasiado hinchada.

Fue cuando ella rompió la ventana para hablar conmigo y me dijo que iba a buscar ayuda para abrir la puerta. Mientras yo me subía, el barrendero nomás rompió su escoba en pedazos tratando de abrir y nada. Se rascaba la cabeza, y nada. Yo estaba ya en el piso de arriba, pensando que no era mala idea eso de tener una alberca en la azotea.

Lo que mi papá vio

Había llegado tarde a la oficina y su jefe, para variar, estaba de malas. Además, la secretaria no había hecho las cartas que tenía que hacer. Antes de

empezar a trabajar, tuvo que aguantar como media hora de regaños. Luego, ya que estaba bien metido con la chamba, resultó que era el cumpleaños de una secretaria y se pusieron a cantarle las mañanitas, a partir el pastel y comer tamales.

Para esas horas su jefe ya se había tomado unas copas y le dijo a mi papá que lo perdonara, que se había pasado de la raya regañándolo, pero era porque tenía problemas en su casa, con su esposa. Así que ahora, mi papá tuvo que esperar a que su jefe se desahogara y se volvió a atrasar en sus pendientes.

Mi papá regresó a su escritorio y ya que se estaba sentando vio, a través de la ventana, una nube negra, como salida de una pesadilla, que se acercaba por el norte de la ciudad. De hecho, calculó que la nube estaba exactamente a punto de llegar a nuestra colonia. Tuvo un mal presentimiento y decidió, con todo y los kilos de chamba pendientes, que debía salir volando para ver cómo estábamos nosotros. Y eso que a mi papá le vienen valiendo sombrilla todas esas mafufadas de las corazonadas y las supersticiones. Pero esa vez sí pensó que las sombrillas podían ser importantes. Bueno, paraguas pues, como siempre me corrige mi mamá.

En lo que mi papá llegó al coche, las primeras gotas de agua empezaron a caerle en la cara. Eso no era nada todavía. Para cuando se subió, el parabrisas ya estaba siendo bombardeado con tamañas gototas, y eso que apenas estaba en las orillas de esa nube tan extraña.

Agarró una avenida grande para llegar más rápido, al menos eso pensó él, pero conforme fue avanzando, se dio cuenta del error. Ya era tarde. Los coches dejaron de avanzar. Era como de película. Cada vez se hacía más y más oscuro. Hasta parecía que había un eclipse. Todos prendieron sus luces. De pronto los limpiaparabrisas ya no eran suficientes para tanta agua.

Dice mi papá que sintió que estaba en una pecera. No recordaba nunca haber visto llover de esa manera. Seguro que era por eso del calentamiento global del que tanto se habla. Pero ya fuera por una u otra cosa, esa lluvia sí lo hizo pensar. Y entre más pensaba, más se angustiaba. Los coches seguían sin avanzar y puso la radio. En la estación del tráfico estaban diciendo que no había llovido así ¡desde 1955! ¡Cómo sabían? Pues quién sabe, pero de que llovía, llovía.

Llegó el momento en que ya no pudo ver nada.

Sólo veía agua y agua. Creyó que el coche se iba a sobrecalentar por estar tanto tiempo con el motor andando sin avanzar, tenía por lo menos una hora parado, así que mejor lo apagó. Y fue como mágico porque entonces se empezaron a mover los coches, aunque muy despacio. Al primer intento no prendió el motor y dijo: —¡Chin, ya me fregué! Pero al segundo sí prendió y, a vuelta de rueda, avanzó unas cuantas cuadras para volverse a detener.

Pero ahora era peor, porque el agua empezaba a subir de nivel. Ya no eran encharcamientos aislados, como dicen, sino un lagote. Mi papá gritó: —¡Esto no se va a parar nunca! Comenzó a pensar que si no avanzaba, dentro de poco iba a tener que dejar el coche abandonado. Trató de llamarle a mi mamá y a la casa, pero para esas horas los teléfonos ya no servían. Los claxonazos lo estaban poniendo nervioso. Parecía que los demás estaban pensando lo mismo que él, que tenían que salir de ahí a como diera lugar, además porque estaban en una calle de bajada. Buena suerte para los que estaban en alto, pero él y los que lo rodeaban, no.

Y cuando parecía que ya no podía ir peor, empezó la granizada. Chicas piedrotas de hielo pegando en el techo, en los cristales del coche, que

dejaron sordo a mi papá. Sintió que los vidrios no aguantaban más golpes y hasta el de atrás se estrelló un poco. Se le ocurrió que iba a salir en el Alarma del día siguiente: “¡Ahogose en su propio coche!”. Iba a ser muy loco, pero de la purísima vida real.

Con tanto granizo, las coladeras de la calle, de plano, se taparon por completo. Ahora sí iba en serio la inundación. También iba en serio buscar la oportunidad para salir del coche, aunque se echara a perder, aunque se lo robaran; ya pelearía con los de la aseguradora después.

Como pudo, se puso una bolsa de plástico en la cabeza y, con unos fólders y un montón de bolsas, se hizo unas botas para los pies. Dice mi papá que seguramente se veía chistoso, pero ni risa le dio. Abrió la puerta del coche y se aventó a correr entre el hielo que flotaba en la calle para llegar a la banqueta y luego subirse a la entrada de una casa, donde se refugió mientras veía cómo subía el nivel del agua hasta la altura de la mitad de las portezuelas. También vio cómo se empezaba a salir la gente de los demás coches. No les quedaba de otra.

Mi papá ya se iba a ir, quería llegar a la casa a como diera lugar, porque se imaginaba el desastre

que le esperaba. Calculó que yo ya estaba en la casa, pero no estaba seguro de mi mamá, porque sabía que era su día del súper. Dio los primeros pasos, pero vio que una señora se había quedado atrapada en un coche porque no podía abrir la portezuela. Sin pensarlo fue hasta ella y la ayudó a salir por una de las ventanillas. La llevó hasta donde él se había parado antes y, aunque sintió me dio feo dejarla, se tuvo que ir rápido. Por lo menos sólo estaba asustada y ahí se podía quedar un buen rato sin peligro.

Iba camine y camine, todavía bajo la lluvia, con el cartón de los fólders ya deshecho, resbalándose con las bolsas del plástico a cada paso. De pronto un claxonazo lo hizo brincar. Volteó a ver qué pasaba: eran don Vicente y su esposa en su camionetota de llantas gigantes, que tan gorda le caía a mi papá porque decía que es de narcos andar en esas cosas. Ahora no era de narcos, sino de los pocos coches que andaban sin problema entre tanta agua.

—¡Órale, vecino, súbase! Lo llevamos a la casa.

Dice mi papá que tuvo que tragarse el orgullo para, primero, subirse a la camioneta de don Vicente y, segundo, para sentarse atrás, junto al

Chiquis, el gran danés que hizo sus necesidades tan descaradamente en nuestro patio. Y es que se lo tragó porque de veras quería saber que yo y mi mamá estuviéramos bien.

Lo que todos vimos

El agua que entraba por la ventana rota del segundo piso provenía del techo de dos aguas de la casa de atrás. Mis papás nunca se imaginaron que por culpa de ese techo se iba a inundar el segundo piso de nuestra casa, si no, se la hubieran hecho de tos seguramente a los vecinos cuando la estaban construyendo.

Desde la cama de mis papás vi pasar no sé cuántos litros de agua y montones de hielo que se iban por la escalera hacia la planta baja. Lo malo era que ni siquiera podía ver la tele, porque no había luz y ya estaba empezando a oscurecer. De vez en cuando mi mamá me gritaba que no me desesperara, que ya había conseguido, con un vecino, un teléfono que sí servía, para llamar a los bomberos y que vinieran a rescatarme.

Pero los bomberos nunca llegaron por estar atendiendo como chorrocientasmil llamadas de

auxilio antes que la nuestra. Yo, la mera verdad es que no estaba tan asustado en ese momento. Fue días después cuando me di cuenta del peligro en el que habíamos estado. Sobre todo cuando vi cómo quedó la casa y lo que quedó de los muebles y de los aparatos eléctricos: pura porquería.

Empecé a escuchar la música gruperá que don Vicente siempre trae a todo volumen en su camioneta. Primero se oía lejos, luego cada vez más fuerte. Me asomé por la ventana y vi cómo se estacionó frente a la casa. Ahora ese cochesote era la envidia de la cuadra por ser el único que servía.

Mi papá bajó corriendo de la camioneta, casi nadando y fue directo a abrazar a mi mamá. Luego volteó para arriba y lo saludé:

—¡Papá, papá!

—Espérate, Rubén, ahorita subo.

Mi mamá le explicó que la puerta estaba atascada. Aparte, los barrotes de las ventanas de abajo son tan firmes que no se podían quitar sin herramienta. El barrendero ya no sabía qué hacer para tratar de abrir la puerta de la casa y mi papá le ayudó, pero entre los dos no pudieron hacer nada.

Don Vicente y su esposa bajaron de su camioneta y, sin decir nada, se metieron a su casa, que

estaba mucho menos inundada, gracias a que está más en alto que la nuestra; para entrar hay que subir unas escaleras. Hasta su perro, el *Chiquis*, entró así como muy creído, levantando el hocico.

—¿Viste? ¡Qué poca! ¡Les vale gorro lo que les pase a sus vecinos —le dijo mi papá a mi mamá.

—Bueno, por lo menos te dio el aventón hasta acá. No te quejes. La culpa la tienes tú por estar enojado con él. Siempre te enojas con todos. Hasta con el señor que barre. Él me trajo hasta acá y me ha estado ayudando toda la tarde. Deberías mejor de agradecer en vez de enojarte y pelearte con todos.

Mi papá estaba a punto de explotar. Ya no sabía qué hacer. Nomás se le quedó viendo a mi mamá y habló con el barrendero:

—Oiga, sí, de veras, mi esposa tiene razón. Muchas gracias por traerla y por ayudarla. No importa que no haya podido abrir la puerta.

Mi papá y el barrendero se dieron la mano y en ese momento hasta dejó de llover. ¡De veras, lo juro! De pronto volvió a salir don Vicente, pero ahora con una escalera de metal, de esas que luego me dijeron que se llaman telescópicas. Tranquilamente la subió a la parte trasera de su camioneta y

la empezó a elevar hasta la ventana donde estaba yo asomado. Don Vicente subió tranquilamente por la escalera y me ayudó a salir.

—Mi mamá gritaba:

—¡Agárrate bien, Rubén, no te vayas a caer!

Y yo:

—¡Ay, mamá, ni que fuera tan sope!

Don Vicente y yo bajamos y mis papás me abrazaron como si no me hubieran visto en siglos. Doña Chela, la esposa de don Vicente, llegó con unas toallas para que nos secáramos la cabeza.

—Ya puse un cafecito a calentar. Vénganse todos, vecinos. Usted también, señor —le dijo al barrendero.

A mi papá como que le daba pena aceptar, pero no era capaz de dejarnos a mi mamá y a mí todos mojados, a media calle; si hasta el barrendero estaba aceptando la invitación. El piso de arriba estaba seco y nos prestaron ropa para cambiarnos. Mi papá terminó disfrazado de don Vicente, aunque la ropa le quedaba grande. Mi mamá, de doña Chela, y la ropa le apretaba. Y yo, de mi amigo (ahora sí, de nuevo mi amigo) Lalo, que me quedaba muy bien.

Doña Chela nos dio refrescos y se puso, junto con mi mamá, a preparar unas ricas tortas. Hasta parecía que estábamos de fiesta. Nos la pasamos muy bien. Cada uno contó chistes y fue la primera vez que supimos el nombre del señor barrendero:

—Jacinto Mendoza Méndez, pa' servirles a todos.

Ahora el barrendero ya no era el barrendero, sino ¡don Jacinto! Hasta se sentía raro decir su nombre. A partir de ese día mi papá se empezó a saludar con don Jacinto con mucho gusto, como los grandes cuates. No se diga con don Vicente, con quien se da tremendos abrazos de oso.

Por cierto que, cuando ya estábamos bien relajados, don Vicente les dijo a mi papá y al barrendero:

—Bueno, ya descansamos, ya comimos. Ahora hay que salir a ayudar a los demás vecinos, ¿eh? ¿Qué dicen? ¿Se animan?

Mi papá se levantó como de rayo:

—¡Claro, queda mucha gente en problemas y nosotros aquí sentadotes, bien comodines! ¡Hay que salir!

—¡Sí, vamos, vamos! —le hizo segunda don Jacinto, poniéndose su gorra anaranjada, que ya se había secado por completo.

Don Vicente le prestó una botas a mi papá, para que saliera bien preparado. Mis papás se despidieron como de escena de película romántica. Mi mamá y yo nos quedamos a dormir en la casa de don Vicente. Doña Chela le prestó su cama a mi mamá y a mí me mandaron a la recámara de Lalo. Fue muy divertido porque él tenía un futbolito y nos la pasamos jugando hasta quedarnos dormidos.

Al día siguiente supe que mi papá y don Vicente regresaron bien tarde. Llegaron cansadísimos, pero muy entusiasmados por todo lo que habían hecho. Mientras desayunábamos cereal con leche nos platicaron sus aventuras. Rescataron a dos viejitas, una familia completa y hasta un gato.

Ahora mi papá escucha de vez en cuando música grupera y hasta quiere comprarse una camionetota, dice que para cuando vuelva a caer el diluvio; pero eso sí, todavía se le hace tarde para llegar a la oficina, porque desde la mañana siguiente al día en que se nos cayó el cielo, cada que salimos se la pasa saludando, una por una, a la gente de la cuadra.

Kali

Isabel Álvarez de la Peza

Isabel Álvarez de la Peza nació en el Distrito Federal en 1951. Estudió Periodismo en la Universidad Femenina de México. Ha trabajado como periodista para diversos medios impresos y electrónicos, y como guionista para programas de radio y televisión; también ha sido directora de información de la Comisión Nacional de Derechos Humanos. Ha publicado, entre otros textos, *Las muertes de la vida* (Editorial Patria) y *La desaparición de la abuela* (coeditado por Conaculta y Ediciones SM y finalista del primer premio El Barco de Vapor 1996), que cuenta con once ediciones.

El chapaleo del ahora suave oleaje, la luz voraz del sol que enrojecía sus hinchados párpados, la salinidad en su piel reseca, el cansancio, el ardor que producía la arena en las raspaduras de su pecho, piernas y brazos; el dolor sordo en el costado debido al golpe que le dio la botavara del *María Isabel* antes de su hundimiento; el griterío de las gaviotas y, sobre todo, lo que alguna de ellas atinó a arrojarle en la comisura de los labios, hicieron que se despertara de pronto y recordara su desesperada situación.

Él, que había obtenido las calificaciones más altas y los más importantes reconocimientos en una de las mejores universidades del mundo; que había renunciado a un glorioso porvenir académico y diplomático por su facilidad para el dominio

de las lenguas selváticas, a fin de ayudar a la incorporación de los habitantes de las Islas del Sur a la civilización contemporánea, era ahora un solitario náufrago en un lugar desconocido. Ah, y también probablemente era un hombre enfermo, se dijo al sentir los escalofríos previos a la fiebre.

En su mente, se agruparon las lecciones de valentía y coraje que en su país natal se impartían tradicionalmente en cada hogar a la hora de la cena, cuando todos los miembros de la familia se hallaban seguros, calientes y alimentados. Por eso quiso ser fuerte y reír de su situación. Sin embargo, pudo más el conocimiento de su apurada situación (realmente sabía mal eso que le aventó la gaviota) y lloró... y lloró mucho...

A la mejor fue una suerte, una especie de benévola compensación del destino el que llorara, porque no advirtió la canoa que se le acercaba. Si se hubiera percatado de ello, su sobresalto seguramente hubiera provocado que sus ocupantes lo cubrieran de flechas. Pero, como no lo hizo, los aborígenes que navegaban la delgada embarcación tuvieron oportunidad de acercarse y escuchar sus lamentos, lo que provocó que se suavizara su fiebre. A ello también contribuyó el que al levantar

la cabeza y sentir el filo de una lanza en su cuello, no opusiera ninguna resistencia ante la orden de seguir a sus captores.

Por razones que escapaban a su comprensión, los aborígenes arrastraron su canoa tierra adentro y emprendieron camino hacia el norte llevándolo prisionero. La caminata sobre la playa interminable, la sed y las lastimaduras que causaron en sus pies descalzos los guijarros abrasivos y la pedacería de filosos restos de conchas y caracoles marinos diseminados sobre la arena, ayudaron a despejarle la mente.

Intentó descifrar qué clase de gente era aquella. Comparó mentalmente la fisonomía de los individuos más cercanos a él en esa marcha ingrata, y concluyó que sus rasgos antropomórficos correspondían a los de los habitantes de las regiones del trópico, como los de las Islas del Sur. Recordó también la ruta que seguía el *María Isabel* antes del naufragio, y con ayuda del análisis de la posición de las estrellas que poco a poco empezaban a asomarse en el firmamento, concluyó que se encontraba por debajo de la línea del Ecuador.

Cuando se hizo completamente de noche y sus captores encendieron fogatas y se dispusieron a

preparar sus alimentos, pudo prestar atención a su conversación. Gracias a su pericia y conocimientos en lingüística, se percató de que ciertas inflexiones de voz, sobre todo las que terminaban con largos sonidos nasales, pertenecían con seguridad al idioma de las tribus de las Islas del Sur más septentrionales, aunque no pudo precisar a cuál de ellas.

Y es que eran tantas las Islas del Sur... Era un archipiélago de casi mil islas, y aunque los habitantes de todas ellas pertenecían a la misma raza y su idioma era de la misma familia, en cada una de ellas había una tribu diferente, con dialectos, costumbres y habilidades parecidos a los de las otras islas, pero distintos, según el aislamiento que durante siglos recíprocamente habían mantenido y el contacto que recién hubieran tenido con la civilización occidental.

Había tribus de caníbales y algunas de pastores o pescadores, otras que adoraban como dios a una montaña, algunas más a los cocodrilos, y había inclusive algunas convertidas al cristianismo. Sea como sea –concluyó–, había podido llegar a su destino milagrosamente. Estaba en alguna de las Islas del Sur. Dios había hecho su parte. Ahora él cumpliría la suya. Haría que esos nativos en-

tendieran los conceptos que regían al mundo occidental y haría que pudieran asimilarse a él para participar de sus beneficios.

Tal descubrimiento lo llenó de gozo, tanto, que no pudo menos que sonreír amistosamente a uno de sus captores, que en aquel momento le aventaba un poco de pescado asado y le acercaba un cuenco con agua para que bebiese.

A la mejor fue su gesto de amistad, o tal vez los aspavientos de curiosidad que uno de ellos hacía al intentar descubrir lo que contenía un cofre que la marea había arrojado a ese sitio entre otros restos de naufragio, lo que hizo que empezaran a intentar comunicarse.

Al reconocer que el cofre en cuestión era suyo y que contenía parte de su biblioteca, en el dialecto de cuantos dominaba, y que le pareció el más adecuado, le dijo al que parecía ser su jefe que eran libros.

—L-i-b-r-o-s... L-i-b-r-o-s... —insistió.

—Tibo —repuso el otro—, T-i-b-o.

—Libros —insistió.

—Tibo... —volvió a contestarle el otro...

Así siguieron mucho tiempo.

Al amanecer, ya sabía muchas palabras del vocabulario de esa gente, y pensó con optimismo

que pronto podría sostener con ellos una verdadera conversación... Había descubierto también que su interlocutor se llamaba Tibo y... que pensaba que él se llamaba Libros.

Cayó rendido cuando Tibo se marchó con sus compañeros. Al fin fue dominado por la fiebre, causada seguramente por alguna enfermedad tropical que intentaba doblegar su cuerpo malherido. Deliraba. Sus captores reaccionaron al principio con preocupación y podría decirse que con algo de asco. No obstante, afectuosamente lo bañaron con agua de un manantial cercano, se preocuparon porque estuviera en la sombra y procuraron calmar su insaciable sed. Cuando recobró el sentido, también pusieron mucho interés en que comiera. “Realmente –pensaba– Rousseau tenía razón. El ser humano es esencialmente bueno en estado de naturaleza.”

Durante su convalecencia conversó cada vez más con Tibo y con otros habitantes de aquella isla que, vencida la natural desconfianza inicial, también tuvieron interés en escucharle. Les contaba del mundo occidental y de sus ciudades; de la felicidad en que vivían los que participaban de su desarrollo. Los aborígenes reían al escuchar

sus descripciones y le ofrecían más comida. Le preguntaron quién era su rey, y cuando les explicó que su país era gobernado democráticamente, no le entendieron.

Se necesitaron muchos días para que Tibo se hiciera una idea de lo que era la democracia.

—Libros —le preguntaba—, ¿en tu pueblo no gobiernan un rey o los brujos o los cazadores?

No entendía que en un régimen democrático todos los ciudadanos son iguales ante la ley y tienen los mismos derechos, y todos pueden votar y ser elegidos para ocupar un cargo público y de esa manera tomar las decisiones de gobierno.

—¿Todos son iguales?

Lo interrogaba entrecerrando los ojos como para captar una mentira. Y cuando recibía una respuesta afirmativa, hacía alguna exclamación de incredulidad y corría a comentarles a los demás con carcajadas o con grandes aspavientos de admiración, según el caso. Y regresaba de nuevo a preguntar. Su incredulidad no tenía límites y la exigencia con la que urgía la respuesta era igual a la de un niño.

—¿Y los más fuertes también son iguales? ¿Y para qué les sirve ser fuertes? ¿De veras no hay un

rey? ¿Los enfermos también son iguales? ¿Y los ciegos? ¿Y todos tienen el mismo número de mujeres? ¿Las mujeres también son iguales?!

Cuando recibía una respuesta que le parecía extraordinaria, se retiraba y pasaba mucho tiempo platicando con sus compañeros, y al día siguiente volvía a preguntar. Cuando por fin entendió que todos los ciudadanos de una nación democrática son iguales ante la ley, quiso saber por qué. Así, hubo que explicarle que el propósito de la democracia es el de buscar que todos los habitantes compartan la responsabilidad y los beneficios de la toma de decisiones.

—¿Por qué? —preguntaba.

—Porque se entiende que esas decisiones buscan el beneficio de la mayoría.

—¿Todos votan para todo? —volvía a preguntar.

—No —le explicaba Libros—. Votan para elegir a los gobernantes que van a representarlos y a veces también, en algunos países, para tomar algunas decisiones muy relevantes.

—¿Entonces los gobernantes son los poderosos? ¿No que todos son iguales? —seguía preguntando.

Y entonces Libros le explicaba que sí eran poderosos los gobernantes, pero que cualquiera

podía ser elegido como gobernante, de manera que en algún momento un gobernante podía ser dejar de serlo.

En esa ocasión Tibo exclamó orgullosamente: —Yo siempre sería poderoso, yo siempre sería gobernante.

Pero se quedó admirado cuando se le explicó que los gobernantes en un sistema democrático siempre ejercen su poder temporalmente, porque no puede haber democracia sin que haya alternancia, y por eso los países democráticos se rigen por el principio de no reelección.

El tema de la no reelección fue quizá uno de los más difíciles de explicar. Los porqués de Tibo y de los demás nativos fueron interminables. No entendían por qué alguien que tuviera poder quisiera dejar de tenerlo voluntariamente. Hubo necesidad de contarles la historia de algunos gobernantes de países de la civilización occidental que por ignorancia, capricho, vanidad o locura habían llevado a sus pueblos a una catástrofe. La no reelección, les dijo, tiene como propósito evitar que en una democracia suceda eso. Quedaron tan impresionados que le dieron más de comer.

Otro tema que costó trabajo hacerles entender fue el del voto. Tampoco entendían que el voto era el acto democrático más importante de todos, ni la razón por la cual todos los votos tenían el mismo valor.

—Lo tienen porque todos somos iguales, y por eso el valor de cada voto debe ser el mismo —les decía Libros.

—Bueno, no importa, al fin yo tengo muchos hijos y muchas esposas que votarían como yo diga —opinó Tibo riéndose de su astucia, mientras los demás aplaudían la idea ruidosamente.

—No, no, no —les decía Libros escandalizado—. El voto debe ser libre y secreto.

—¿Por qué?! —preguntaban.

—Porque si no es así la elección sería una mentira —explicaba Libros con toda paciencia.

Pero Tibo no cejaba: —¿Y si es una mentira buena? ¿Y si es necesaria porque mis hijos o mis esposas no saben nada de la vida y no pueden distinguir lo que en realidad les conviene? ¿Y si es por su bien?

Entonces Libros les explicó que las naciones y los pueblos son como personas que necesitan aprender a caminar y a sobrevivir solos, y para ha-

cerlo, deben tener la oportunidad de equivocarse y tal vez también de lastimarse; y que algunos pueblos, como muchas personas, perecen en el intento o quedan mutiladas, pero muchas, muchas más, se convierten en adultos valerosos y fuertes que, como ellos, se atreven a cruzar el mar; de manera que, aunque se sienta miedo, los pueblos y las naciones deben atreverse a que sus miembros voten libremente, porque si no lo hacen serán para siempre débiles y temerosos, y estarán esperando por alguien que los lleve de la mano por la vida. En cambio, si sí se les permite hacerlo, podrán ser fuertes e independientes y, entonces sí, todo el pueblo, todos los habitantes, serán poderosos por igual.

No supo cuántos días transcurrieron desde que tuvieron esta última conversación, pero fueron muchos. Era evidente para Libros la fuerte impresión que sus palabras habían causado. Entre tanto, notaba que había recuperado las fuerzas y lo mucho que había engordado. Se sentía feliz. Pensaba que había convencido a Tibo y a los demás de que la democracia era la mejor forma de gobernar. Sintió la euforia de quien alcanza la meta.

* * *

A la media noche, mientras Libros dormía plácidamente arrullado por su optimista visión de la realidad, en un profundo claro de la selva, dio inicio la ceremonia de preparación para el festín anual.

Tibo, quien quería tener más tiempo para hablar con Libros, tomó la palabra y dijo a sus compañeros que, en su opinión, su dios no quería que Libros fuera sacrificado, porque desde que lo hicieron prisionero no había hecho humo el volcán, de manera que bien podrían sacrificarse solamente los jabalíes que para eso habían cazado. Muchos estuvieron de acuerdo y aplaudieron.

No obstante, uno de los nativos llamado Numa, que siempre había observado a Libros golosamente, protestó airadamente: habían caminado mucho, habían tenido una gran paciencia esperando que el prisionero estuviera en el peso apropiado, los designios del dios volcán nunca eran claros, y había que cumplir con la tradición sacrificando al prisionero. También muchos estuvieron de acuerdo y aplaudieron con entusiasmo.

Tibo dijo que Libros era un hombre que sabía mucho.

—Sí... pero de saber, lo que se dice saber, debe saber muy sabroso —repuso Numa con tan ham-

briente convicción que hizo que varios empezaran los primeros pasos de la danza ritual; pero se vieron forzados a suspenderla porque Tibo propuso que el asunto se sometiera a votación.

Tal vez por curiosidad, o quizá por el deseo de hacer algo nuevo, la mayoría de los aborígenes aceptaron la propuesta a pesar del enojo de Numa y de algunos otros, que intentaron protestar contra ese ejercicio de democracia gritando ferozmente antiguas consignas guerreras.

De cualquier forma, realizaron las danzas rituales. Después, bajo la dirección de Tibo se organizó la elección. Fue muy divertida, aunque no se pudo lograr que el voto fuera secreto: cada vez que alguien votaba contra los intereses de Numa, éste miraba al votante en forma amenazadora, mientras los seguidores de Tibo aplaudían ruidosamente. Y lo mismo, pero al revés, sucedía cuando alguien votaba a favor de emparrillar a Libros.

* * *

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, pero aún hoy Numa y sus seguidores discuten con los de Tibo acerca del resultado de la elección. Los de

Numa insisten en que tenían la mayoría y, suponiendo que no fuera así, eso se debió a que Tibo repartió secretamente entre los aborígenes algunos de los restos del naufragio.

Tibo y sus seguidores, desde luego, siempre niegan eso, y aseguran que ellos sí tenían la mayoría, y dicen a Numa y los suyos que no saben perder y otras cosas por el estilo, como acontece en todas las democracias.

* * *

Libros nunca se enteró de la elección en la que se decidiría su suerte. Antes que se pudiera saber la decisión final, fue rescatado por una patrulla portuguesa que acudió a la Isla cuando se sospechó del naufragio del *María Isabel*. Hasta la fecha está convencido de sus aportaciones a la integración de las Islas del Sur a la comunidad internacional... aunque no se le ve muy convencido de regresar a ellas.

Elecciones

Jorge Mo

Jorge Mo, imaginador de tiempo completo aplicado al oficio de inventar juegos e historias, nació y vive en México, donde ha dedicado buena parte de su más de medio siglo de edad a trabajar con niños y jóvenes, con campesinos y con promotores educativos.

Su labor se ha encaminado a impulsar la sensibilidad, la creatividad, la expresión y el diálogo entre personas de todas las edades y condiciones, a través de textos, cuentos sonoros, dinámicas lúdicas, ambientes de sensibilización y artefactos diversos.

Entre los libros que ha escrito están *El explorador imaginario*, *El cuentógrafo*, *Los rumbos del caracol* y *Mitopía*, publicados bajo diversos sellos editoriales.

En cuanto a juegos ha concebido y diseñado alrededor de 25, entre los que se encuentran: *El corazón de la Tierra*, *Iconorama* y *Confiesa*. Para el IEDF ha generado *El convite* (juego de valores para niños) y *Eléktor* (juego para la educación cívica juvenil).

Amaneció nublado, la amenaza de lluvia era evidente y eso de mojar sus tenis nuevos no le parecía a Pablo nada conveniente.

—Pablo, ya levántate, se te va a hacer tarde.

—Sí, ma', ya voy.

El muchacho y su madre mantenían una buena relación, se apoyaban mutuamente en lo cotidiano y ella trabajaba duro para permitirle a él continuar con sus estudios. De vez en cuando iban juntos al cine o a algún museo y ocasionalmente podían darse algún pequeño lujo, como ahora que ella le había dado el dinero para que se comprara los tenis que tanto anhelaba el muchacho.

Podía decirse que como muchos otros, Pablo no era ni buen ni mal estudiante, no pertenecía

al sector de los despectivamente llamados *losers* ni tampoco al de los *nerds*, no era por tanto objeto de tortura por parte de los maestros ni estaba comprometido en mantener en alto la bandera de los aplicados.

Era un poco flojo sí, pero también suficientemente responsable, estudioso a veces, pero medio rejego para cumplir cabalmente con las tareas y deberes de un preparatoriano. Se sentía comprometido con su madre aunque esto no impedía que algunas veces se tomara libertades con las que ella no estaría de acuerdo.

Aquel día Pablo enfrentó la disyuntiva de ir o de no ir a la escuela; generalmente asumía que tenía que ir pero esta vez no habría clases normales pues se llevarían a cabo las elecciones de los representantes de grupo para el Consejo Escolar, y aquello, tal como para la mayoría de sus compañeros, no era un asunto de su interés.

Pablo 1.0

El chico se puso un pantalón y una sudadera encima de la pijama y bajó a desayunar con su mamá, obviamente no iba a decirle que se quedaría en

casa pues ella no lo hubiera consentido, así que esperó a que se fuera, asegurándole que saldría después pues necesitaba ir baño.

Efectivamente así lo hizo, de tal modo que no mintió respecto a esto, pero saliendo del baño la versión 1.0 de Pablo se quitó la ropa de calle y también sus flamantes tenis y se puso a jugar con ellos como si fueran dos bólidos de carreras.

Un rato después los acomodó cuidadosamente en su caja y se tiró en la cama a ver la tele; cuando se aburrió de verla se puso a mensajear y a navegar en Internet.

Su conciencia lo dejó en paz respecto a su falta, justificándola en vista de que no perdería ninguna clase y diciéndose que un voto más o un voto menos no cambiaría la designación de los futuros representantes del grupo.

Pablo 2.0

La segunda versión de Pablo decidió ir a la escuela a pesar de la flojera y de la probable lluvia; la balanza en afirmativo la inclinó el hecho de que estaba ansioso de lucir sus nuevos tenis ante sus compañeros.

Desayunó con su madre y salió con ella, caminaron juntos hasta la parada del autobús donde se dieron un beso y se separaron para dirigirse a cumplir con sus respectivas obligaciones.

Pablo 2.0 llegó fresco y contento al plantel, subió hasta su salón y se sentó junto a Miguel Ángel, su fiel amigo, quien fue el primero en notar su nuevo calzado.

—Presta los tenis, huey, ¿donde los conseguiste?, ¡stan chidos eh!

—Ya ves, uno que se porta bien.

Miguel y Pablo se conocían desde la secundaria y desde entonces mantenían una buena amistad, misma en la que Pablo asumía invariablemente el liderazgo.

—¿Oye, por quién vas a votar, huey?

—Todavía no sé, ¿tú ya decidiste?...

No había muchas opciones pues únicamente había dos planillas: OREX (Orden y Excelencia) y la planilla SOMOS (y podemos ser mejores). El grupo estaba dividido en sus simpatías respecto a éstas y era difícil saber quién ganaría.

Lo cierto era que Miguel Ángel votaría por la

misma planilla que Pablo y si aquél votaba de tal manera, también Arturo, incondicional de Miguel, votaría igual; esto aseguraba tres votos para una de las dos planillas, votos que podían ser muy importantes para definir el resultado de una elección que se perfilaba tan cerrada.

Aunque simpatizaba más con las ideas de los de SOMOS, Pablo estaba tentado a votar por OREX, debido a que en esta planilla participaba Mariana, la secreta chica de sus sueños.

Pablo 2.1

Lo que más le gustaba a Pablo de Mariana era su sonrisa, aunque no dejaba de apreciar sus ojos castaños, su pelo largo y lustroso, sus piernas, sus manos, su voz, y todo lo que había podido observar de ella.

Pocas veces había cruzado palabras con la chica, menos aún le había dado señas de su interés (al menos él lo creía así), su amor imaginario no había pasado de ser un motivo de inspiración romántica que lo acompañaba en sus noches solitarias.

Pablo pensó que una oportunidad para acercarse a ella sería votar por su planilla; en vista de que

la votación de representantes se haría de manera abierta, Mariana podría darse cuenta del voto de Pablo y quizás entonces...

Frecuentemente sucede que cuando alguien se empeña en un objetivo y se aplica en cuerpo y alma a conseguirlo, por alguna circunstancia fortuita el intento fracasa rotundamente; algo así le pasó a Pablo en esa ocasión.

Llegado el momento de llevar a la práctica su plan, el horizonte amoroso de Pablo quedó tan llano como en lo precedente, pues cuando este levantó la mano para votar por OREX, la muchacha estaba platicando y ni siquiera se percató del hecho.

Los votos de Pablo 2.1 y los de sus dos agregados fueron definitivos para el triunfo de OREX que tras el recuento resultó ganadora ¡por un solo voto de diferencia!

Los triunfadores lo celebraron ruidosamente y Pablo aprovechó para ir a felicitar a Mariana; ella se lo agradeció sin darle mayor importancia.

Su musa parecía ahora más inalcanzable que nunca, soberbia y pegada como chicle a Juan Beck, ideólogo y encendido líder de OREX.

La desilusión de Pablo duplicó la espinita de la envidia que sentía hacia Juan, ostentoso sabe-

lotodo, favorito de la mayoría del profesorado y prospecto amoroso de la mitad de sus compañeras. Mientras éste hacía gala de su triunfo Pablo se arrepintió de haber votado por ellos y se preguntó por qué diablos no se había quedado en su casa.

Pablo 2.2

No tenía un pelo de tonto, aunque a veces se hacía pasar como tal, así que Pablo entendía perfectamente que votar por OREX sería una manera absurda de regalarle tres votos, solamente por tratar de agradar a Mariana; aún así no había garantía alguna de que ella se fijara en él.

Por tal motivo Pablo 2.2 decidió votar por SOMOS, planilla que le parecía más cercana que OREX respecto a su manera de ver las cosas.

Transcurrida la elección resultó que, justo por una diferencia de tres votos, ganó SOMOS. Pablo se sintió satisfecho de su decisión y se sumó con sus amigos a la celebración del triunfo.

Ana Paula, lideresa de la planilla SOMOS, tenía en buena estima a Pablo, así que al calor del festejo lo invitó a que se les uniera en calidad de representante suplente.

—¿Te refieres a mí?

—¿Acaso hay otro Pablo aquí?

—¿Pero cómo quieres que participe?, no sé nada de política.

—Bueno, ¿quieres o no quieres?

—Ok, pero tú me ayudas, eh.

Pablo se sintió emocionado, nunca hubiera pensado que lo consideraran para algo así. Sonriendo para sus adentros regresó a su lugar, se sentó y se recargó en la paleta de la silla, apoyó la cara sobre sus manos y se clavó un momento en sus pensamientos. De pronto sintió una mirada, volteó y advirtió algo que hizo que los colores se le subieran a las mejillas, Mariana lo observaba fijamente, haciéndose cómplice clandestina de sus emociones.

Pablo 1.0

Cansado de no hacer nada durante toda la mañana Pablo hurgaba en el refrigerador en busca de cualquier otra cosa que comer, cuando recibió la llamada de Miguel Ángel. Su amigo le habló para preguntarle por qué no había ido a la escuela y tras enterarse de que había faltado por pura flo-

jera, Miguel pasó a relatarle los pormenores de la elección.

—Ganaron los de OREX por un solo voto, y ¿sabes qué es lo primero que van a proponer en el Consejo?... que se prohíba que usemos tenis.

—¿Cómo crees?, ¡están locos!, ¿por qué?

—Juan dice que es una vergüenza, que parece una escuela de cholos.

—¡Cholo tiene el cráneo ese sujeto!

—Y eso no es todo, mañana van a presentar su programa de trabajo y se esperan cosas peores.

—¿Y qué dicen los demás?

—Nada, y eso que casi hubo un empate entre las dos planillas.

Pablo se despidió de su amigo y sintió cómo un hilillo frío se le subía por la espalda, una combinación de enojo y vergüenza por no haber asistido a la escuela. Se sentó en un sillón y dejó que la lluvia y el atardecer lavaran lentamente su frustración.

Antes de dormirse fue a buscar en el clóset sus viejos choclos negros, hacía años que no los usaba y le parecieron mucho más feos que el recuerdo que tenía de ellos, suspiró y los puso debajo de su cama, por si las dudas.

Pablo 2.1

La preparatoria en la que estudiaba Pablo era parecida a muchas otras, no resaltaba ni por su mala o buena fama ni por sus resultados académicos, estaba en una colonia de clase media y asistían a ella lo mismo chavos acomodados que hijas e hijos de obreros y de desempleados.

Por lo mismo cabían en ella alumnos de todo tipo, una muestra de todas las tribus urbanas desfilaba por sus pasillos mostrando vestimentas, peinados y accesorios muy variados; asimismo, coexistían ahí muchos modos de pensar, aspiraciones personales, posiciones políticas y valores.

De ahí que era difícil concretar en una representación de grupo la diversidad de tendencias e intereses existentes en el alumnado, más aún cuando el espectro de posibilidades de elección se limita a dos opciones.

Pablo 2.1 tuvo que reconocer que se había equivocado al votar por OREX, nada ni nadie lo había obligado a ello, sin embargo el hecho era que se había dejado llevar por algo que no tenía que ver con la racionalidad.

No tenía mucho caso lamentarse, había que buscarle algo positivo al asunto. Pablo esperó a que Mariana estuviera sola para acercarse a ella y preguntarle:

—Oye, Mari, ¿de verdad van a proponer que prohíban los tenis?

—Este, sí, la verdad sí... yo no estoy muy de acuerdo pero Juan dice...

Advirtiendo que Mariana hablaba con Pablo, Juan Beck se aproximó a ellos e irrumpió en la plática recién iniciada:

—¡Sí, eso lo digo yo! Ya es hora de que limpiemos tantas lacras del territorio.

—¿Cuáles lacras?, ¿a quién le puede afectar que usemos tenis?

—No puedes entenderlo, Pablito, porque eres un perdedor, pero así es la cosa, no me importa si te gusta o no.

Pablo se sintió tentado a tirarle un golpe, no era primera vez que aquél trataba de humillarlo, ¡por Dios!, alguien tenía que darle su merecido al engreído.

Tuvo entonces la impresión de que el tiempo se congelaba dándole oportunidad de pensar en lo que iba a hacer a continuación: golpear o no golpear, esa era la cuestión.

Pablo 2.1.1

No pudo contenerse más y lo empujó fuertemente de los hombros, Juan se estrelló en el pizarrón y reaccionó abalanzándose hacia Pablo dando puñetazos en el aire. Ninguno de los dos tenía experiencia en eso de la golpeada, así que se enfrascaron en una serie de jaloneos que los llevaron al piso donde quedaron abrazados cual luchadores.

Mariana se puso a gritar pidiendo que los separaran, los demás del grupo se acercaron para alentarlos a seguir peleando hasta que Miguel Ángel se lanzó al suelo para tratar de separarlos.

Uno de los dos golpeó la nariz de Miguel, que comenzó a sangrar escandalosamente; al verlo en esa situación, Arturo la emprendió a patadas contra Juan y en el acto intervinieron los amigos de éste, quienes se pusieron a pegarle a Arturo.

La batalla campal cundió y no cesó hasta que los prefectos y los maestros lograron separar a los combatientes. Llevaron a Miguel a la enfermería y todos los demás fueron llevados a la dirección; tras un exhaustivo interrogatorio las autoridades determinaron que el iniciador de la gresca había

sido Pablo, quien justificada o injustificadamente fue dado de baja una semana y su historial fue marcado con un reporte de mala conducta.

Gracias a las llamadas de Miguel Ángel, Pablo se mantuvo al tanto de los sucesos que tuvieron lugar en la prepa durante su ausencia, también fue informado de los trabajos y las tareas, mismas que realizó diligentemente con objeto de no atrasarse más de la cuenta.

Así supo que la medida de llevar zapatos negros de manera obligatoria fue aprobada por el Consejo Escolar y que el resto de las propuestas de OREX estaban siendo analizadas para su posible implementación.

Entre el catálogo de medidas que proponían para imponer el orden e impulsar la excelencia en la escuela estaban las siguientes:

- Dotar a los alumnos y maestros de tarjetas electrónicas para regular la puntualidad
- Prohibición total de lucir tatuajes y *piercing* en el plantel y sus alrededores
- Penalización estricta por el uso de lenguaje obsceno, a partir de un catálogo de palabras prohibidas

- Castigos severos por las demostraciones amorosas realizadas en el plantel, por considerar que constituían una falta de respeto a los demás
- Instalación de un sistema de cámaras y electrificación de las bardas del edificio con objeto de impedir los ataques grafiteros

Pablo no le contó a su mamá que lo habían castigado, hizo como que seguía yendo a clases y salía con ella todas las mañanas, pero en vez de irse a la escuela se iba a la biblioteca de la Universidad, donde se pasaba las horas correspondientes a clases, leyendo y realizando tareas.

Después de lo ocurrido se sentía culpable y le pesaba el ridículo que había hecho ante el grupo... y sobre todo ante Mariana; además estaba indignado por el avance de las propuestas de OREX, y por no poder hacer nada al respecto.

Pensó en la posibilidad de cambiarse de prepa pero era un asunto complicado, se retrasaría al menos un semestre y dudaba que su madre lo consintiera.

En el horizonte de Pablo 2.1.1 se avistaban nubes negras.

Pablo 2.1.2

Ante la actitud altanera mostrada por Juan Beck, Pablo se contuvo, no por miedo de enfrentarse al otro ni por falta de ganas de darle unos cuantos golpes.

Dejó que le gritara en su cara y no le pegó, pues vio claramente que hacerlo lo llevaría a buscarse problemas.

—Mira Juan, no quiero pelear contigo pero no tienes por qué gritarme.

—¡Yo te grito cuando quiera, pedazo de inútil!

—Mira cálmate, podemos hablar, no hay bronca.

Sumándose a la disposición conciliadora de Pablo, Mariana hizo un gesto de reproche hacia Juan, en vista de lo cual éste no tuvo más remedio que bajarle a su bravuconería.

Pablo volvió al punto de cuestionar la medida contra los tenis y ya más tranquilo Juan argumentó a su favor:

—Cuando entres a trabajar a una oficina no van a dejarte ir de tenis, dan mala imagen, igual aquí, si queremos una buena escuela hay que esforzarnos en dar una buena imagen, ¿entiendes?

—Está bien pero no estamos en una oficina, para ser mejores no necesitamos parecer oficinistas.

En eso intervino una chica simpatizante de OREX:

—Los tenis se ven feos y huelen mal.

—Pues no los andes oliendo —respondió un seguidor de SOMOS.

—Bueno, al menos lávenlos de vez en cuando.

—Los podemos lavar, pero dejen que cada uno decida lo que se pone, somos libres ¿no?

Otros más se fueron sumando a la discusión, cuestionando el resto de las propuestas de OREX. Mariana y varios de la planilla fueron retrocediendo en sus posiciones y Juan se quedó cada vez más solo en su defensa.

—Vamos discutiéndolo y decidamos por mayoría —propuso Pablo, y Juan y los suyos no tuvieron más remedio que aceptarlo.

Así todo el programa de los representantes del grupo fue puesto a discusión y se acordó que SOMOS y OREX colaboraran para su defensa ante el Consejo y para su puesta en marcha.

El programa del grupo no sería ya producto de una sola planilla sino resultado del consenso de unos y otros.

Pablo 2.2

Eso de participar (aun como suplente) en la representación del grupo comenzó a entusiasmarle a Pablo. Le contó a su mamá y ella se puso muy contenta, alentando a su hijo a echarle ganas a su nueva responsabilidad, por supuesto sin descuidar sus estudios.

Pablo 2.2 se puso a idear medidas para mejorar el ambiente escolar, las clases y las relaciones entre alumnos y maestros; claro que lo que más le importaba era que se respetara la libertad para que cada uno pudiera elegir si usaba tenis, huaraches o zapatos, sin ser por ello discriminado por los demás.

Al día siguiente Pablo ofreció su casa para que se reunieran los de SOMOS para trabajar en su programa de acción, a todos les pareció buena la idea y acordaron reunirse esa tarde.

En un receso Pablo aprovechó la oportunidad para acercarse a Mariana y se puso a platicar con ella de cualquier cosa. Realmente hablaba sin ponerle mucha atención a lo que decía, estaba hipnotizado por el movimiento de los labios de la muchacha y por los hoyuelos que se marcaban en sus mejillas cada vez que sonreía.

Entonces tuvo la ocurrencia de invitarla a la reunión que se celebraría en su casa, y para sorpresa de él ¡ella aceptó!

Esa tarde cuando los integrantes de SOMOS llegaron a casa de Pablo, Mariana ya estaba ahí, platicando animadamente con él. Cuando entraron y vieron a la integrante de OREX dieron la media vuelta y se dispusieron a salir, pero Pablo los detuvo:

—¡No se vayan por favor!, todo está bien.

—¿Qué hace ella aquí?, ¡es una espía!

—Ella no es lo mismo que Juan, quiere apoyarnos, se los juro. No se vayan, miren, preparamos botanas y refrescos, anden pásenle.

Ana Paula y el resto de SOMOS dudaron un momento pero aceptaron entrar, saludaron a Mariana quien les devolvió el saludo, tímidamente pues entendía perfectamente la situación; no obstante, el ambiente se relajó cuando se sentaron a comer y a platicar.

Para la fortuna de todos, la participación de Mariana en la reunión resultó positiva, sus puntos de vista contribuyeron a mejorar las propuestas con objeto de que fueran aceptadas por el grupo.

Un par de horas después todos se retiraron; Pablo 2.2 cerró la puerta y se puso a dar vueltas y a saltar, sintiendo que aquella había sido la tarde más feliz de su vida.

Al día siguiente los de SOMOS leyeron sus propuestas ante el grupo; como era de esperarse, Juan y sus amigos se opusieron y trataron de boicotear la presentación, pero la voluntad de la mayoría se impuso y ya no causaron mayor problema.

Con los puntos de vista allí vertidos se ajustaron las propuestas y se pusieron a votación, obteniendo el respaldo de casi todo el grupo y ningún voto en contra.

De ese modo se integró el plan de trabajo de los representantes, mismo que se presentaría ante el Consejo Escolar, buscando mejorar la comunicación y la colaboración con los profesores y con las autoridades del plantel.

Pablo 3.0

Cuando alguien asume que el destino ya está escrito y que nada puede ser cambiado en el guión de la existencia, se concluye que solamente hay

un modo de hilar los hechos; las causas y los efectos siguen un orden prefigurado y no hay nada más que aceptar su sucesión.

Sin embargo, en el momento en que advertimos la manera en la que aquello que uno hace, o deja de hacer, modifica en mínima o en mayor medida lo que sucede alrededor, es que se van abriendo infinidad de variables que a la larga pueden acabar por producir muy diversas realidades paralelas.

Las trayectorias de dichas realidades forman curvas que ocasionalmente vuelven a cruzarse propiciando momentos particulares en los cuales las cosas parecen simplemente perfectas.

Éste era el caso para Pablo 3.0, que en ese momento había conseguido, casi sin proponérselo, varios logros capitales que incidirían en sus posibles futuros: la reiteración de su libertad para lucir sus tenis, el reconocimiento de su pertenencia y participación en el grupo y la apertura de su amistad con Mariana.

Por otra parte, a nivel grupal las consecuencias más evidentes de esta serie de hechos fueron las siguientes: se consiguió que se echara a andar en la escuela un interesante programa de conferencias

impartidas por padres y por especialistas invitados, también se implementaría un plan cooperativo para mantener limpias las instalaciones y se convocaría a concursos de grafiti educativo ligado a temas del programa escolar.

Las cosas estaban mejorando definitivamente para todos.

Por la experiencia tenida en la elección de representantes, Pablo entendió la importancia de participar y de no quedarse cruzado de brazos mientras los demás deciden por uno, vio con claridad cómo las elecciones que se hacen pueden resultar significativas para la definición de los asuntos que tarde o temprano nos afectan o nos benefician.

Si bien no resultaba tan importante quién quedara a cargo de la representación del grupo, lo sustancial era que se respetara efectivamente la voluntad de la mayoría, y que los representantes ajustaran sus propuestas a la conveniencia de todos y no solamente a su gusto y arbitrio.

Para llegar a este punto fue necesario que Pablo y sus compañeros asumieran su derecho a elegir y a opinar, a participar activamente en la definición de todas las propuestas. Fue gracias a esto que Pa-

blo pudo lucir sus tenis, con el simple orgullo de quien se sabe aceptado por los demás.

Dos semanas después del día en que diera comienzo este relato, estando sentado en una banca al lado de Mariana y mientras el Sol acariciaba los finos vellos de su piel, Pablo 3.0 se vio enfrentado a la siguiente disyuntiva: vio claramente cómo se abrían ante su mirada los horizontes de Pablo 3.1 y de Pablo 3.2, en los que se perfilaban las posibles consecuencias de su próxima elección... era momento de decidir si darle un beso a la chica o privarse de hacerlo. ¿Ustedes qué creen que pasó?

Pablo 3.1

Sucedió que Pablo se animó a lanzar el beso; pensó que tenía suficientes indicios de que le gustaba a Mariana, los últimos días, intensos en charlas y en leves pero significativos acercamientos entre ellos, habían creado una atmósfera impregnada con las neblinas rosadas del enamoramiento, al menos él lo sentía así.

Animado por aquello de que “quien no arriesga no gana” esperó a que el silencio abriera la oportu-

nidad, el momento de tensión propicia, entonces giró, la tomó de los hombros y con su mala puntería anotó un beso fuera de lugar, entre el ojo y la nariz de su amada.

Ella se desprendió del abrazo y lo empujó, lo miró un instante muy seria y le plantó una cachetada en la mejilla izquierda.

—Oye, ¿qué te sucede?, sólo somos amigos, ¡no te pases!

Pablo no protestó, no dijo nada, se quedó sentado mirando a la nada mientras Mariana se alejaba de su corazón a paso veloz.

Pablo 3.2

La versión 3.2 de Pablo fue más cauta, sintió de lleno la tensión del momento y renunció al intento, se quedó con las ganas, no estaba seguro de cómo podría reaccionar Mariana, de si lo aceptaría o de si el beso rompería el encanto.

Prefirió que la princesa lo siguiera siendo, sin arriesgarse a verla convertida en rana, después de todo su relación era ya un cuento maravilloso, sin mayor necesidad de complicarse la vida con esas cosas del noviazgo y el matrimonio y los hijos y...

Pero de lo que Pablo no tenía idea era de lo que Mariana estaba pensando y sintiendo en esos momentos, la chica volteó a mirarlo, se veía tan frágil y desprotegido el pobre, tenía que hacer algo y claro, se lanzó hacia él y le plantó un sonoro beso en la boca.

Al muchacho sorprendido le gustó, y más el segundo y el tercero... y nomás hasta ahí, era hora de regresar a clases, así que se dieron la mano y caminaron juntos y felices hacia el futuro insondable.

Uno nunca sabe a final de cuentas lo que puede pasar, especialmente cuando los afectos de una chica están de por medio.

El barandal

Rebeca Orozco

Rebeca Orozco nació en Ensenada, Baja California, en 1956. Estudió Ciencias de la Comunicación. En 1999 publicó su primera novela, *Entre Coyoacán y Amores*, y en 2002 el libro de cuentos *Azul rey, azul reina*. Incursionó en la literatura para niños con la novela *El galeón de Filemón* y los cuentos *Blanca Luna*, *Gafas en reparación* y *El diablilo de Benjamín*, a los que siguieron *La batalla del 5 de mayo: ayer y hoy*, *Doña Josefa y sus conspiraciones*, *Lo que va y lo que viene: la Nao de China*, *Animales de México*, *Escarabajos*, *Aves de México*, *Animales marinos de México*, *Arca de valores*, *Las piezas del rompecabezas*, *El Chamaco Covarrubias* y *Detrás de la máscara*. *Máscaras de México*, libro ganador del Premio Antonio García Cubas otorgado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia en la categoría de Libro Infantil y Juvenil. En 2007 obtuvo la beca del Fondo para la Cultura y las Artes del Estado de México.

1

Cuando su mamá le dijo que se iban a cambiar a una casa al norte de la ciudad, Luci lloró toda la tarde, bueno, casi toda, pues hubo momentos en que se consolaba escuchando una melosa balada pop o devorando la reserva de chocolatitos que guardaba para situaciones desesperadas. Jamás imaginó que luego de tantos años, su padre se pelearía con su madre, esta vez de a de veras, y las abandonaría para dejarlas sin amor, sin dinero y sin la posibilidad de vivir en la confortable casa de tres recámaras de la colonia del Valle.

Escenas nostálgicas desfilaron por su memoria: los paseos en bicicleta con Toño y la Güera en el parque; las nieves sabor chicle bomba; la excursión a Las Estacas; su fiesta de quince años.

A la hora de la cena le rogó a su madre que reconsiderara su idea. Que no quería dejar su escuela, sus amigos.

—Imposible, hija. Ya renté el nuevo departamento. Es un *huevito*, pero vamos a estar bien —dijo tratando de disimular su desconsuelo.

—¿Y no puedo seguir viniendo a mi escuela desde allá? —insistió.

—No, queda lejísimos —respondió Gloria con firmeza—. Vamos a vivir por casa de la tía Lola. Me ofreció trabajo en su papelería y...

—No, ma, nooooo. Me niego. Esa colonia es... gris, triste, feúcha...

—¡Basta! En lugar de quejarte, agradece que vamos a tener un lugar donde vivir —exclamó con amargura.

2

Desde la ventana del nuevo departamento observaron el paisaje: tendedores, antenas de televisión, anuncios espectaculares, azoteas llenas de tiliches. La joven sintió una honda tristeza. Quería regresar de inmediato a su vieja casa, a los desayunos domingueros con su padre, a la risa de

su madre, a una vida que ahora más que nunca le parecía grandiosa.

—¿Ves esa avenida? Ahí vas a tomar el camión mañana —indicó Gloria.

—¿Yo solita?

—Te vas a bajar en la calle Morelos y de ahí vas a caminar tres cuadras hacia la preparatoria “Benito Juárez”. Mira, aquí tengo un croquis.

—Me voy a perder, ma. Acompáñame, al menos el primer día. Ándale.

—No puedo, tengo que presentarme a trabajar a las seis treinta de la mañana en la papelería. ¿Ya tienes listo el uniforme?

—Sí, todo... el suéter, la falda, la blusa... la que no está lista soy yo.

—Mira, hija, te tienes que hacer a la idea de que a partir de hoy todo será diferente.

3

La fachada del edificio escolar la desilusionó. Algunas de las ventanas tenían los vidrios rotos, la pintura estaba descascarada y se le habían caído algunas letras al nombre de la escuela: *Pr ara ia*
ito Juá ζ. En el patio reinaba el desorden: algunos

muchachos formaban fila en una oficina para inscribirse, otros entraban a los salones o platicaban despreocupados. Luci subió la escalera y caminó por un pasillo buscando el salón 2-F. Cuando entró, todas las miradas se clavaron en ella. Se arrepintió de haberse peinado con la diadema rosa y de llenar su cabello rubio con broches de maripositas de colores. Se sintió una niña estúpida. El corazón le latía fuerte, las manos le sudaban. Su nerviosismo era incontrolable. Para colmo, todos los pupitres estaban ocupados y sólo quedaba uno vacío, hasta adelante, con el respaldo roto.

El maestro de biología les dio la bienvenida y luego les habló del programa que seguirían, de las tareas, de los exámenes. La voz del profe era monótona y un sopor se adueñó del salón.

Luci estaba muy incómoda. No podía recargar la espalda y el asiento rechinaba. De pronto, una gota de agua golpeó su cabeza. Luego otra y otra y otra. Volteó hacia arriba. Había una gotera en el techo. Contrariada se levantó y movió su pupitre rápidamente hacia un lado provocando una cascada de risillas burlonas. El maestro no hizo más que sacar una cubeta de un armario, colocarla bajo el agua y advertir a sus alumnos:

—Acuérdese de no colocar su pupitre bajo las goteras pues interrumpen la clase, ¿entendido?

Luci sintió vergüenza, quiso escapar por la ranura del techo, volar, llegar al cielo y olvidar para siempre las miserias de la vida. Por fortuna, una estudiante con mechas rojas, sentada hasta el fondo, le indicó un asiento vacío.

—Gracias. Me salvaste.

4

Una mañana, a la hora del recreo, se dio cuenta de que había olvidado el *lunch* en su casa: un sándwich de frijoles con jamón y una botella con agua de jamaica. Sintió que le rugían las tripas. Buscó en su monedero y no encontró más que dos pesos. No le alcanzaba para nada. Miró a los estudiantes que jugaban, comían o charlaban en el patio. No había logrado integrarse. Todos eran extraños, criticones o indiferentes. El grupito de las Rufianas la molestaba todo el tiempo, le escribían groserías sobre su pupitre y la criticaban por ser la única que entregaba los trabajos engargolados y con adornitos de diamantina.

Acurrucada en una banca y en un estado sentimental deplorable estaba Luci cuando Otilia apareció.

—Hola, *nerdeta* —dijo al tiempo que se sentaba a su lado.

—¿Qué tal...? —respondió Luci desconcertada cuando vio los lentes oscuros y el cinturón metálico.

—Te noto hambrienta, ¿quieres una galleta?

—Bueno... gracias —dijo mirando con cautela las galletas Marías embarradas con mermelada de nopal.

—No te hagas la de la boca chiquita, toma, aquí hay más —dijo quitándose los lentes.

—Ya te reconocí. ¿Vas en mi salón, verdad?

—Sí, me llamo Otilia, ¿ya me ubicaste?

—Claro, te sientas hasta atrás, me salvaste el día de la gotera. Me llamo Luci.

—Mira, Luciérnaga, Lucidez, Lucifer, desde hace rato quiero decirte algo. Me repatea que te traigan de *lazo de cochino*.

—¿De qué?

—Así dice mi abuela cuando se burlan de alguien... cuando lo tratan mal. En primero de prepa estaba como tú. Grupitos como los Miserables

o las Rufianas me traían de botana. Me decían la loca metalera, que porque me ponía cadenas y cinturones de metal, total, que porque era una *freak* bien hecha.

—¿Y luego?

—Me di a valer. Me impuse. A los que se burlaban de mí me les paraba enfrente y los amenazaba con traer a la banda de mi colonia para que les dieran un buen susto...

—¿Y los golpearon? —indagó Luci nerviosa.

—Cómo crees. Odio la violencia. Tengo alma de *hippie*. Pero me sirvió para marcar mi territorio. No me volvieron a decir ni loca ni metalera.

—Bueno, algo es algo...

—Volviendo a tu bronca, en serio, Lucifer, deberías ponerles un alto. Un *stop*.

—Híjole, la neta, no quiero meterme en líos.

—Uy, además de fresota, miedosa.

—Oye, no seas injusta —dijo dolida—. ¿Me imaginas poniéndome al tú por tú con las Rufianas?

—Todos traemos una fiera encerrada, ¿no crees? Ya es hora de que la saques.

5

En la mesa del comedor, Luci hace su tarea mientras Gloria prepara la cena.

—Oye, mami... ¿te acuerdas de que a principio de este año escolar nos pidieron una cuota para mejorar la escuela?

—Cómo no. Me costó mucho pagarla... hasta tuve que recortar el gasto del súper.

—Pues de nada sirvió tanto esfuerzo.

—¿Por qué?

—La escuela sigue igual. No le han dado ni siquiera una pintadita. ¿Y si vieras cómo están los muebles, los pizarrones, los vidrios, los barandales...? ¡Un desastre! El otro día, una compañera se cortó con un vidrio, y otra se astilló con el asiento del pupitre.

—Ay, hija, no me digas. Mira, ahorita, estoy tapada de chamba y no puedo ir a hablar con el director. ¿Por qué no hablas tú?

—¿Yo? —protestó.

—Claro, ya estás grandecita y debes empezar a arreglar tus propios asuntos.

—Pero nadie me va a hacer caso.

—¿Habrá algún maestro que te pueda apoyar?

—No sé. La mayoría son desastrosos, pero debe existir alguno que se interese por los alumnos.

6

A cambio de unas cuantas lecciones de defensa personal, Luci le prometió a su nueva amiga que la ayudaría a pasar los exámenes. Con paciencia le explicó los pormenores de la geometría analítica, le contó detalles curiosos de la vida de los héroes de la historia y le enseñó a dibujar a la perfección los mapamundis.

—¿Por qué faltaste ayer a clases, Oti?

—Lo que pasa es que mi hermanito se enfermó del estómago y hay que estarle bajando la calentura... es una friega.

—¿Qué edad tiene?

—Acaba de cumplir cinco años y cuando no va a la escuela pues yo tengo que hacerle de mamá, de enfermera, de criada... es una friega. No creas que soy mala onda, adoro al condenado Rafita, pero es mucha responsabilidad.

—¿Y tus papás?

—Mamá murió cuando yo era muy chica y mi papá se fue a Estados Unidos a trabajar, nos manda

dinero, puntual, cada mes, pero lo extraño todo el tiempo —explicó con gran pesar.

—Anímate, Otitis, te invito a comer.

—No puedo, Luc. Tengo que pasar por Rafa al kínder.

—Pues vamos por él y de ahí tomamos el *bus* a mi casa. Mi mamá me dejó comida en el refri, y dicen que donde come uno, comen tres.

7

Otilia conocía a un grupo de rap e iba todos los viernes a escuchar sus improvisaciones a un parque público. Tocaban a todo volumen. La primera vez que Luci fue a verlos, se sentía fuera de lugar. El ambiente era denso y extraño. Además, el ritmo le pareció pasado de moda. Las letras de las canciones eran muy distintas a las de las baladas pop. No hablaban de amor, ni de reconciliaciones ni de corazones rotos. Se quejaban de la forma de vivir de la sociedad.

—Son unos amargados —se quejó Luci.

—Hacen crítica social; si ellos no la hacen, ¿quién la va a hacer? —exclamó Otilia con coraje.

—Bueno, sí, pero no todo es tan malo.

—Ellos hablan por la gente jodida, por la gran cantidad de personas que viven mal en este país. Es decir, la mayoría.

—Pues, sí... tienen razón, pero la música es muy monótona, le falta melodía, no transmite.

—Son canciones de protesta, ¿entiendes? —dijo Otilia con fastidio.

Luego de cinco o seis canciones, Luci estaba harta y deseaba regresar a casa, sin embargo, algo más fuerte que sí misma la retuvo: la mirada de Quique, el baterista. Ese par de ojos oscuros la estaban observando a ella. ¿Era posible que un músico chamagoso se fijara en una niña pulcra, deslavada y tímida?

Varios viernes acudió Luci a escuchar a los raperos con la esperanza de que el dueño de la mirada se animara a hablarle. Nunca lo hizo. Para animar a su amiga, Otilia organizó una reunión en su casa y prometió presentarle al baterista. Por desgracia, el famoso Quique llegó acompañado.

—Otitis, ¿quién es esa? No me digas que es su novia porque lloro.

—Híjole, Lucifer, no creo. Debe ser una bruja que se le apareció. Está horrible.

—Mejor me voy —dijo devastada.

Más tarde, mirando la noche sórdida desde su ventana, Luci compuso su primera letra rapera contra la sociedad, el vacío y la falta de amor.

8

Sucedió en unos cuantos segundos. Salían del examen de civismo cuando a Otilia se le ocurrió asomarse al patio para ver si el Pichi, el chico que le gustaba, estaba jugando basquetbol.

—Mira, Luci, ¡ahí está! —indicó emocionada al tiempo que se recargaba en el barandal para ver mejor al joven moreno que intentaba hacer una canasta.

La desgracia sucedió en pocos segundos. Los tornillos que sujetaban los tubos oxidados del barandal se zafaron y la joven cayó desde el segundo piso hasta el patio.

Luci se asomó a ver a su amiga sobre el cemento. Yacía inconsciente. Gritó. Luego enmudeció, entró en estado de *shock*. ¿Por qué no había sido capaz de reaccionar, de agarrarla de un brazo, de una pierna, de los pelos y evitar que cayera al vacío?

—Una ambulanciaaaa —gritó el maestro Beltrán, quien había suspendido de inmediato el juego de básquet—. ¡Pronto! ¡Llaman a una ambulancia!

Luci bajó corriendo por la escalera rezando por que su amiga estuviera viva, y luego se abrió paso entre la gran cantidad de muchachos que rodeaban a la accidentada para arrodillarse a su lado.

—¡Oti! ¡Otilia! ¡Despierta! ¡Te lo suplico! —gritó desesperada.

—Está viva, cálmate —aseveró la enfermera del servicio médico de la escuela, al tiempo que le tomaba el pulso—. Ya llamé a la ambulancia.

Un silencio negro invadió el patio. Podían oírse los motores de los coches a lo lejos. El director se acercó a la fatídica escena.

—Gracias a Dios no pasó a mayores —manifestó fingiendo pesar.

—¿Cómo que no? —dijo indignado el maestro Beltrán—. La joven se golpeó en la cabeza y seguramente se fracturó una pierna... ¿Le parece poco?

La sirena de una ambulancia se oyó cada vez más cerca. Con profundo dolor, Luci recordó el día en que su amiga se había acercado por primera vez a ofrecerle unas galletas Marías, la vez que le

enseñó diez formas de enfrentar los ataques de los grupitos malévolos de la prepa.

Los camilleros subieron a la alumna Otilia Bermúdez, de dieciséis años, con cuidado.

—Voy con ustedes —pidió Luci.

—¿Es familiar de la accidentada?

—No, pero quiero estar con ella —protestó angustiada—. ¿A dónde se la llevan?

—Al Hospital “Niños Héroes” —respondió uno de los camilleros de mala gana.

—¿Deme la dirección! ¡Se lo suplico! —rogó la muchacha sin éxito.

—Es un hospital del gobierno —explicó el maestro de deportes—. Está a unas cinco cuadras de aquí, en la Avenida de las Fuentes.

—Gracias, profe.

—¿Crees que puedas avisarles a los papás de tu amiga lo que pasó?

—El papá vive en Estados Unidos y no tengo idea...

El director despidió la ambulancia y luego, con una amarga seriedad, advirtió a los estudiantes:

—¿No les he dicho mil veces que no se columpien en el barandal?

—Otilia no se columpió —exclamó Luci indignada—, sólo se asomó.

—El problema no tiene que ver con que nos columpiemos o no —espetó molesto uno de los alumnos—. El problema es que llevamos meses pidiendo a la dirección que arreglen ese maldito barandal y ni quien nos haga caso.

—Ya saben que ese tipo de problemas lo deben arreglar con el administrativo del colegio.

—Pero usted es el director y es el responsable de lo que sucede en este miserable plantel —dijo una alumna realmente contrariada—. Cuando le cuente a mis papás lo que pasó... ¡lo van a denunciar! No quisiera estar en sus pantalones ni tantito.

—Más respeto, señorita, está hablando con su director.

—¿Y cuándo nos ha respetado usted a nosotros? Nunca está en su oficina.

—Clama, chicos. Lo que pasa es que no tienen idea de todas las obligaciones que tengo como dirigente de este plantel. Debo ir a cantidad de juntas, tratar asuntos con la Secretaría de Educación, supervisar los planes de estudio...

—Lo más importante son los alumnos... ¿o no, director? —cuestionó el maestro de deportes.

—Claro —respondió el señor Alcocer mirando a Beltrán con ojos de pistola.

—La verdad es que si a Otilia Bermúdez le pasa algo grave, le van a cerrar la escuela —reclamó Luci con coraje.

—Miren, lo que sucedió aquí fue un accidente y nada más. ¿Qué no leen los periódicos? Todo el tiempo salen noticias de accidentes de jóvenes atrabancados.

—Mire, señor Alcocer, lo que pasó aquí es sumamente delicado y se va a atener a las consecuencias —amenazó el maestro Beltrán.

—Basta de tonterías —reclamó ignorando al maestro—, ¿qué no oyeron el timbre? Es hora de que vayan a sus salones pues aquí vienen a estudiar y no a andar de revoltosos.

9

A las nueve de la noche, luego de estar tres horas en la sala de espera del Hospital “Niños Héroe”, le avisaron a Luci que no podría ver a Otilia sino hasta el día siguiente. ¿Tan grave estaba su amiga? Para colmo, su mamá le había marcado al celular varias veces muy preocupada

porque a esa hora era muy peligroso andar en los camiones de la colonia.

Al llegar a casa, Gloria la abrazó.

—Siento mucho lo que le pasó a tu amiga.

—Lo peor es que no me dejaron verla.

—¿Te das cuenta de que pudo haberte pasado a ti?

—¡A cualquiera de mis compañeros!

—Pues es una verdadera irresponsabilidad de la escuela —comentó enojada.

—Mañana voy ir otra vez al hospital, ¿me acompañas?

—Bueno, hija, sí. Aviso al trabajo lo que sucedió y...

—Entonces... ¿pasas por mí a la prepa y de ahí nos vamos al hospital? —preguntó llena de esperanza. Como si el hecho de que su mamá la acompañara fuera a devolverle la salud a Otilia.

—Por supuesto, hija. Vamos juntas. No te puedo dejar sola en este momento tan difícil.

10

Al fin Luci y su madre pudieron pasar a la vieja sala de techos altos y piso de madera donde

estaban alineadas las camas para las pacientes. Otilia estaba en la número 9. Tenía una venda alrededor de la cabeza y un yeso blanco y frío le envolvía un brazo y una pierna. A pesar de su estado, recibió a las visitas con una leve sonrisa.

—Qué gusto que estés aquí, de verdad, Luciérnaga —dijo hablando despacio, con esfuerzo.

—Desde ayer quise verte, pero no me dejaron pasar.

—¿Ella es tu mami?

—Luci me ha contado mucho de ti —dijo acercándose a la cama.

—No me diga, señora, y... ¿no se ha espantado?

—Ay, Otilia, cómo crees. Le digo a mi hija que fue un milagro que te salvaras.

—¿Estuvo dura la caída, no?

—¡Loquísima! Me asomé para ver al Pichi y de pronto estaba hecha pomada.

—Por poco y no la cuentas, pero pronto te vas a recuperar —aseguró Luci acomodando con cariño un mechoncito rojo que se había salido de la venda de su amiga.

—No sé. Tengo miedo. Me di un golpe en la cabeza y me tienen que hacer una tomografía

—expresó con los ojos llorosos—. Mi papá está muy preocupado.

—¿Vino a verte? —indagó curiosa la joven.

—Sí, anoche, con Rafita.

—¿Cómo se enteró? —preguntó Luci curiosa.

—Le hablaron de aquí, del hospital. Por suerte yo traía el celular en la bolsa de mi pantalón y cuando el doctor vio el número de papá, le marcó a Estados Unidos.

—Qué suerte —expresó Gloria aliviada.

—Imaginen cómo se puso mi jefe. Se fue directo al aeropuerto, compró un boleto y desde ahí llamó a una prima suya, que vive aquí en la ciudad de México, para que pasara por mi hermano al kínder.

—Ay, Oti, pobre de tu papá.

—Si lo vieras, está furioso con el director de la escuela, quiere denunciarlo.

—Debíamos hacer algo, organizarnos... —dijo Luci enojada—. ¿Te das cuenta de que podías haber perdido la vida?

—No quiero ni pensarlo, me hubiera ido directo al infierno y ahora sería un diablito —bromeó.

—Anda, hija, escribe algo bonito en el yeso de Oti —propuso animada Gloria.

—Qué buena idea, ma.

Con decisión Luci dejó escritas las palabras que tocarían el alma de su mejor amiga:

“Mi querida Otilia: Te juro que los responsables de tu caída tendrán el castigo que se merecen. Es hora de que la fiera salga. Tu amiga, Lucidez.”

11

Casi no pudo dormir. Temió que Oti tuviera algo grave en el cerebro. Sintió rabia, impotencia. Debía hacer algo, pero no sabía qué ni cómo.

La mañana siguiente no tenía ganas de ensayar la tabla gimnástica en la clase de deportes. Trataba de moverse, pero parecía una muñeca deshilachada. Equivocaba los pasos.

—¿Qué pasa, Luci? ¿Sigues preocupada por Otilia? —preguntó el maestro Beltrán acercándose a su alumna.

—Estoy tristísima.

—Hace rato fui a verla y...

—¿Usted? —interrumpió sorprendida—. ¿Cómo la vio?

—Tranquila, con ganas de platicar. Estaba desayunando y no quiso que la ayudara la enfermera. Se las arregló para comer con una mano.

—Increíble —dijo sonriendo, pero luego su rostro se ensombreció—. ¿Ya le habrán hecho los estudios?

—Mira, Luci —explicó tratando de no alarmarla—, tu amiga tiene una lesión en la cabeza, la van a tener que operar.

—Dios mío, qué mala noticia —exclamó con los ojos llorosos—. ¿Por qué le tuvo que pasar a ella? No sé quien sea el responsable de esto, pero merece lo peor.

—Yo también estoy furioso. Desde que entré a esta escuela no he visto más que irregularidades, negligencias...

—¿Qué podemos hacer? Estoy confundida.

—Mira... vamos a organizar una reunión con maestros y alumnos. Hay muchos inconformes con lo que le pasó a Otilia, seguro nos apoyan.

—¡Sí! —exclamó esperanzada—. A lo mejor también se animan los papás. Pero, ¿dónde hacemos la junta? En la escuela va a ser imposible... si el director se entera...

—Se me ocurre algo. El director nunca viene a las competencias deportivas, así que el próximo sábado a la hora de entregar los trofeos voy a aprovechar para hacer la junta.

—Buena idea, seguro viene un chorro de gente
—gritó entusiasmada.

—Sólo que ten cuidado, Luci, debes ser muy discreta, no lo platiques con nadie. Si se entera el señor Alcocer o alguien de su equipo... estamos fritos.

—De acuerdo, profe.

Satisfecho del acuerdo realizado, regresó a dirigir la tabla gimnástica:

—A ver, chicas, no se me distraigan, vamos a volver a ensayar desde el principio... Y uno, y dos, y tres y cuaaaatroooo.

12

El sábado estaba muy nerviosa. No se había aprendido bien los pasos de la tabla gimnástica y, para colmo, debía bailarla con un par de pompones anaranjados y aros de colores. Por fortuna el público aplaudió entusiasmado la presentación. Lo que preocupaba ahora a Luci era que, el día anterior, Beltrán le había pedido que preparara unas palabras para iniciar la junta.

Al fin, después de las competencias, las porras, las camisetas al aire y el sol quemante, el profesor

de deportes invitó a los asistentes a pasar al salón de usos múltiples para la entrega oficial de los trofeos.

La participación de Luci fue muy emotiva: habló de su experiencia personal en la escuela, de sus primeras impresiones, del trabajo que le había costado adaptarse a un ambiente totalmente diferente al que ella estaba acostumbrada. Con profundo pesar habló de su querida amiga Otilia y la terrible caída. Los asistentes la miraban conmovidos. Tenían frente a sí una muchacha que crecía con cada palabra. Que mostraba fuerza de carácter. Que cuestionaba a las autoridades del colegio. Que a pesar de su palidez y su aparente debilidad, sacaba las garras.

Luego del testimonio de la joven, los alumnos más rebeldes propusieron ir en bola, el lunes a primera hora, a encarar al director. Adueñarse de su escritorio. Correrlo. El temor y la incertidumbre reinaron en el lugar. Los papás hablaron de redactar una carta pidiendo que se reparara el barandal, que se pintara la fachada, que se cambiara el mobiliario. Sin embargo, la propuesta fue calificada de ingenua por los jóvenes.

—Eso de la *cartita* ya lo hemos probado varias veces sin éxito. Estoy segura de que todas nuestras

peticiones se fueron directo a la basura —comentó escéptica una alumna.

La incertidumbre invadió el lugar. Algunas personas se levantaron y salieron del salón. Preocupado, el maestro Beltrán invitó a la concurrencia a pensar en otras opciones.

Uno de los papás levantó la mano para exigir que le devolvieran la cuota que había dado a principio de año para el mantenimiento. Muchos otros lo apoyaron, a voces pidieron la devolución.

En medio de tal efervescencia un señor de unos sesenta años se atrevió a levantar la voz:

—Señores, con todo respeto, no se compliquen. Miren, yo soy herrero desde hace ya muchos años y me ofrezco a arreglar todos los barandales del plantel. A fin de cuentas, lo que más importa ahora es la seguridad de nuestros chamacos. ¿O no?

Un silencio pensativo se instaló en el salón.

—Se le agradece al señor Hilario su propuesta —cuestionó un padre de familia—, pero... ¿no creen que las autoridades del colegio deben ser los encargados de arreglar los barandales?

—Claro, para eso se les dan las cuotas —agregó su mujer.

—Volvemos a lo mismo —dijo Hilario paciente—. Si dependemos de ellos nunca vamos a arreglar nada de nada y nuestros hijos van a estar en peligro de caerse una y otra vez.

—Estoy totalmente de acuerdo con el señor Hilario... miren, yo estoy aprendiendo carpintería —dijo un joven papá— podría darle una arregladita a los pupitres, a los libreros, a los escritorios y, bueno, para que nos convenga a todos, podría hacer el trabajo en lugar de dar la cuota anual.

—Así yo también le entro, si quieren les pinto la fachada... —expresó uno de los alumnos.

—Pues si vamos a cambiar trabajo por cuotas, mañana mismo les consigo pizarrones, claro, usados, pero que todavía pueden servir uno o dos años —propuso una señora.

El clima emocional de la reunión había cambiado la desesperanza en fervor.

—Bueno, por lo que veo —manifestó el profesor de deportes pausadamente—, alumnos y padres de familia piden encargarse directamente del mantenimiento y eliminar las cuotas anuales.

Aplausos espontáneos salieron de todas partes.

—Maestro —manifestó un padre con seriedad—, yo opino que para llevar esto a cabo debe-

mos formar un comité que coordine los trabajos de mejora.

—Tiene razón el señor. ¿Quién se apunta? —convocó Luci, mostrando una hoja de papel en la que, luego de unos minutos, registró cinco nombres.

—Veo con gusto que muchos de ustedes se anotaron. Por lo pronto —aclaró el profe Beltrán—, voy a reunir a un grupo de maestros para exponerle al director las decisiones tomadas el día de hoy.

Luci estaba muy contenta. Al fin, el destino de la prepa iba por buen camino.

13

Al llegar al hospital se topó con el padre de Oti. Luego de presentarse, le preguntó por la salud de su hija.

—La operación fue muy riesgosa, duró varias horas. Lo bueno es que ya está fuera de peligro...

—¡Qué bueno! —interrumpió Luci efusiva.

—Por desgracia el doctor le dijo que debe estar en reposo ocho semanas y tomar sus medicamentos sin falta.

—Lo importante es que esté bien, que vuelva a circular en la vida —comentó la muchacha sonriendo.

—Tienes toda la razón. El hecho de que se salvara de un golpe tan fuerte fue milagroso. Ahora me voy a dedicar a atenderla. Entre mi prima y yo nos vamos a estar turnando.

—Entonces va a trabajar aquí, en la ciudad...

—Sí, voy a tener que buscar chamba... además voy a quedarme para denunciar el caso de mi hija. Las cosas no se pueden quedar así.

Una enfermera se acercó para avisarles que ya podían pasar las visitas.

—Por cierto, señor, Otilia debe estar contentísima de tenerlo aquí, ¿si viera cómo lo extrañaba?

—¿La quieres mucho, verdad? Ella también, me ha platicado puras cosas buenas de ti. Lo que no entiendo es por qué te dice Lucifer si más bien eres un ángel.

14

Luego de dos meses de convalecencia, Otilia pudo ir por fin a la escuela. Todavía usaba una muleta.

—Ay, Luciérnaga, qué impresión, la prepa está muy cambiada. Se ve que has estado bien prendida con esto del comité.

—Todavía falta mucho por hacer, hay que estar llamando y motivando a la gente, pero ahí vamos.

—¿Y el director? ¿Se fue, verdad?

—Salió huyendo en cuanto vio que el negocito de las cuotas ya no le funcionaba —dijo burlona.

—Mi papá lo denunció a él y a todo su equipo.

—Sí, me enteré, y... ¿qué pasó?

—Los trámites van a tardar mucho tiempo, pero vamos a *estar sobres*, hasta que nos resuelvan.

—Hacen bien. Por cierto, ya tenemos nueva directora. Es bastante preparada, le echa ganas.

—Bueno, al menos mi trancazo sirvió para algo.

—Volteaste la escuela de cabeza y luego se volvió a enderezar —dijo Luci con alegría.

—Lo mejor de todo es que mi papá se va a quedar a vivir con nosotros.

—¿De veras? ¡Qué excelente noticia!

—Tenemos que festejar... ¿vamos el viernes a escuchar a los raperos?

—No sé... la neta me desilusionaron.

—Quique me preguntó por ti. Me pidió que te invitara.

—¿En serio? ¿Habrá terminado ya con la bruja?
—exclamó emocionada.

—Seguro, Luciérnaga.

—Entonces... sí voy.

La edición electrónica de *El día que el cielo se cayó*, *Kali*, *Elecciones*, *El barandal* se concluyó en septiembre de 2010. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Susana Garaiz, analista correctora de estilo. Se utilizaron las fuentes tipográficas Frutiger y Goudy.



Instituto Electoral del Distrito Federal